



FILO:UBA
Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Buenos Aires

A

Un día en la Sevilla de "El emplazado"

Autor:

María del Carmen Carlé

Revista:

Anales de Historia Antigua y Medieval

1955 - 7, pag. 84 - 96



Artículo



FILO:UBA
Facultad de Filosofía y Letras

FILODIGITAL
Repositorio Institucional de la Facultad
de Filosofía y Letras, UBA

UN DIA EN LA SEVILLA DE "EL EMPLAZADO"

POR

María del Carmen Carlé

Sevilla, en cualquiera de los últimos años del siglo XIII. Sobre la llanura que el Guadalquivir recorta en curvas, la ciudad se achata blanca y extendida. Las altas siluetas de torres y minaretes rompen la monotonía de la edificación. Junto al río, reflejan el sol los mosaicos de la Torre del Oro; más allá, levanta la Giralda su esbeltez, de elegancia incomparable.

Macizas, pesadas murallas de factura romana la rodean. En su torno verdea la masa de olivares y "figuerales", cultivados un día por los musulmanes, repartidos luego entre los pobladores cristianos por el Rey Santo y su hijo.

Los caminos que desde el horizonte corren en busca de la ciudad y los que se le acercan semiescondiéndose entre el verde plata de los olivos, gozan de animación singular. Es tiempo de feria. Y atraídos por su movimiento mercantil y sus franquicias, acuden a ella los hortelanos de los alrededores, los labradores del término, los comerciantes de las ciudades españolas y muchos de las extranjeras. Cargan unos la canasta en que colocaron los frutos de su huerto, los huevos de sus gallinas, la cera y la miel de sus colmenares, el queso por ellos fabricado o el hilado de sus mujeres. Arrean otros delante de sí la bestia cargada de corambre, trapos, pescado, canastillos o sal; guían éstos el carro en que transportan la leña o la tea¹; vigilan aquéllos la marcha de la recua, a cargo del mulatero, que lleva el burel y el camelín, la escarlata y el viado, las telas españolas y las telas flamencas, los sombreros de Francia y los productos manufacturados más allá de las fronteras².

A la vuelta de un recodo, un buhonero, que trae en los zapatos polvo de todos los caminos de España, ha comenzado sus negocios y exhibe a las miradas absortas y ambiciosas de tres lugareñas el contenido de su pacotilla. La madre examina minuciosamente las agujas, dedales y punzones, mientras sus hijas se extasían contemplándose en un espejo y manoseando las sortijas de latón y los "pater nosteres" de porcelana que el buhonero ofrece a su vista³.

¹ MARQUÉS DE FORONDA: *Las ordenanzas de Ávila*, B. R. A. H., LXXII, pág. 250; *Fuero de Ledesma*, 100 y 152 (*Fueros leoneses de Zamora, Salamanca, Ledesma y Alba* Ed. y estudio por Américo Castro y Federico de Onís, Madrid, 1916); *Fuero de Alcalá*, 299 (*Fueros castellanos de Soria y Alcalá de Henares*. Ed. y estudio de Galo Sánchez, Madrid, 1919); MERCEDES GAIBROIS DE BALLESTEROS: *Historia del reinado de Sancho IV de Castilla*, T. III. Doc. 592.

² Para la importación de telas, véase M. G. DE BALLESTEROS, *op. cit.*, T. I. ap. doc., págs. III y siguientes.

³ *Id.*

Tres jinetes, al galope, aparecen bruscamente en el camino, doblando el recodo. Uno de ellos, para no atropellar al buhonero, levanta el caballo y lo echa a un lado. Lucha un instante por dominar su animal espantado, mientras dirige al buhonero algunas expresiones coléricas, entre las que alcanzan a oirse “¡gafo!” y “¡judío!”⁴.

El caballo resopla y sacude nerviosamente la fina cabeza, haciendo relucir el oro que adorna las riendas y la cabezada. Está enjaezado con lujo: lleva silla de felpa con adornos de terciopelo. No menos elegante es el atuendo de su jinete que, próximo ya a la ciudad, conservando las calzas y zapatos negros y las luvas blancas, ha reemplazado la túnica corta, con mangas hasta el codo por el manto prendido airosamente sobre un hombro, el manto afiblado, prenda típica del caballero⁵.

Las ropas de sus compañeros, en lo esencial —saya, pellote y calzas— no difieren de las suyas sino en cuanto a la calidad de sus telas y la riqueza de sus adornos. Pero llevan, en vez del manto, el uno, tabardo, cuyas mangas desprendidas y cayendo hacia atrás le permiten sacar los brazos por las maneras y manejar con comodidad las riendas⁶; una garnacha, sobre la saya corta encordada, de mangas cosedizas y el pellote de paño bastonado⁷, el otro, caballero en una mula —silla cárdena con adornos de plata, como las espuelas⁸— cuya hermosa estampa han alabado los otros viajeros. El clérigo —pues clérigo es— oyó los elogios con visible satisfacción, pero sin extrañeza: le costó el animal 1.500 maravedís, precio de un caballo mediano, si no de los mejores⁹. Recordó luego la que le había regalado la siempre generosa Doña María de Molina, cuando, hace ya unos años le envió a Francia a completar sus estudios. La evocación de la Reina Prudente, mujer admirable, desvió por otras rutas la conversación. Había comenzado el clérigo a hablar de la corte cuando le interrumpió el incidente —casi accidente— del que fue responsable y pudo ser víctima el buhonero.

Tranquilizadas las bestias, proseguida la marcha a paso más moderado, retoma el clérigo el hilo de la charla. Su palabra, desprovista de superfluidades y flores de retórica, pero clara y pintoresca, va describiendo, mientras la mirada se pierde en la distancia en busca del recuerdo, el cuadro vívido de la corte de Sancho IV, tal como la vio en Burgos, en Santa María la Real¹⁰, cuando pasó por allí rumbo a Francia.

Habíase levantado el rey muy de mañana; ya le tenía dispuesta la ropa don Juan Mathe de Luna, el camarero mayor¹¹, que había recibido de manos de Juan Martín, encargado de guardar los paños del rey¹², la camisa, la saya, las calzas y el tabardo que, en vez del manto de escarlata, usará el monarca.

Pronto ya Don Sancho, se le reunió la reina y ambos se dirigieron a la capilla donde oyeron, con gran devoción, la misa, mientras desde el coro, Maestre Martín alababa a Dios con la voz grave del órgano¹³.

⁴ Éstas y muchas otras registran los fueros extensos y las compilaciones jurídicas.

⁵ Cortes de 1258, pet. 15. BENAVIDES: *Memorias de Fernando IV*, ap. doc. pág. 373.

⁶ GUERRERO LOVILLO: *Las Cantigas*. Estudio arqueológico de sus miniaturas, Madrid, 1949, págs. 82 y siguientes.

⁷ Id. págs. 79 y siguientes: *Cortes de 1258*, pet. 5 y *Partida I, V, XXXIV*.

⁸ *Cortes de 1268*, art. 13.

⁹ He recorrido los precios de la época en *El precio de la vida en Castilla del Rey Sabio al Emplazado*, Cuadernos de Historia de España, T. XV.

¹⁰ M. G. DE BALLESTEROS: *Op. cit.*, T. I, pág. 47. ¹¹ *Id.* T. I, ap. doc. pág. XXIV.

¹² *Id.* pág. LXXVII. ¹³ *Id.* pág. CIII.

En tanto, los caballeros preparaban los caballos, el albéitar Alfón García¹⁴ revisaba cuidadosamente el que montaría el rey, y halconeros y azoreros, bajo la vigilancia del halconero mayor, don Gonzalo Ruiz de Isla¹⁵, se preparaban para la partida de caza.

Ya está el rey a caballo. El amplio patio de Las Huelgas es estrecho para el vistoso séquito que forman los guardas reales, vestidos con pellote y manto de viado, sayas y calzas de paño tinto, a las órdenes de Sancho Sánchez, el guarda mayor¹⁶; los ballesteros, de viado y blao, detrás del mayoral que los gobierna, Fernán Yáñez¹⁷, trajeado, más lujosamente, de escarlata con peñas blancas; los caballeros y los escuderos de la compañía del rey, que lucen saya y pellote de paño tinto y capas de viado con peñas prietas¹⁸, los cortesanos, que rivalizan entre sí por la riqueza de sus vestiduras y de los arreos de sus bestias, los donceles de la corte y la reina con sus damas... El movimiento y el bullicio inquietan a los perros, que ladran y tironean de las correas con que los sujetan los monteros, y a los halcones, que cegados por la caperuza crispan las garras sobre el grueso guante de cuero.

Parte por fin la vistosa comitiva. Mientras el rey galopa tras una pista, la reina se detiene donde María Viñas, la panadera, que la obsequia con pan blanco y piñonadas¹⁹.

Por la tarde, descansado ya de las fatigas de la caza, el rey despacha los asuntos de su cancillería; la reina por su parte, recibe a la Priora de Burgos y manda a don Bartolomé de Montesín que le entregue 400 maravedís blancos²⁰. Habla luego largamente con Rodrigo Estevan, pintor del rey, y le encarga la pintura, a su costa, de la capilla de Santa Bárbara²¹. Se interesa, conmovida, por las desgracias de una mujer que trae sus dos niños pequeños para que se los críen y ordena que se le den 100 maravedís²². Por fin llega ante ella Don Rodrigo Ibáñez de Zamora, con los nuevos paños que acaban de traerle de Flandes, y doña María, tras mirar y admirar las telas, compra para sí y para el rey, para su hermano don Alfón, para un clérigo de éste, para María Guillén, monja del monasterio y para todas sus hermanas²³. . . Cuando concluye, encargando al mercader que le traiga peñas veras, es ya la hora del yantar.

Sobre la mesa, cubierta de manteles plegados y bordados, luce la plata de escudillas, cuchillos, cucharas, copas y jarras, a la luz de las grandes candelas que arden en los labrados candelabros.

Don Sancho Sánchez, señor de Ulloa, Monterroso y tierra de San Justo, repostero mayor²⁴, con sus doce colaboradores, inspecciona los variados platos que llegan de las cocinas: —el clérigo, que es un tanto aficionado a los placeres de la mesa, enumera con verdadero deleite los recursos de la despensa real— arenques, congrios, besugos, salmones, pixotas y lampreas, carne de vaca, de carnero, de cabrito o de puerco, tocino fresco, huevos, verduras, frutas²⁵. . .

Terminada la cena —prosigue el narrador— los reyes y sus comensales pasan a una habitación contigua, tendida de jamet bermejo y alfombra de ricos tapices moriscos. Escuchan las gracias y chascarrillos

¹⁴ *Id.*, págs. CIX y CXXIV. ¹⁵ *Id.*, pág. LXXII. ¹⁶ *Id.*, pág. LXXIII.
¹⁷ *Id.*, págs. LXXIV, LXXXVI y CVIII. ¹⁸ *Id.*, págs. LXXIII y LXXIV.
¹⁹ *Id.*, pág. CXXXII. ²⁰ *Id.*, pág. XLII.
²¹ *Id.*, pág. XLIV. El documento le llama "Alfón Estevan".
²² *Id.*, pág. CXXIV. ²³ *Id.*, págs. LXXVIII, LXXVII y LIII.

de García Yáñez, el enano²⁶, y de los moros saltadores²⁷, y con las poesías y los romances populares de los juglares Rodrigo Arias y Johanet termina la velada²⁸.

Calla el clérigo y por unos instantes cabalgan en silencio.

Luego comienza a hablar el caballero. Él ha visto la corte, no hace mucho, en más tristes circunstancias. Pues fue en su natal Toledo donde cayó para no levantarse el rey Don Sancho. Evoca el toledano la consternación que causó en la ciudad la noticia, no por esperada menos dolorosa, de su muerte. Y dice cómo los ricos hombres y el pueblo “hicieron muy grand llanto por él. E la reina doña María —continúa— con las dueñas, fizo tan grand llanto, que los non podría ome contar cuan grande era. E el arzobispo Don Gonzalo con toda la clerecía e con las órdenes e todos los grandes omes tomaron el cuerpo este día mesmo en la mañana é leváronlo á la iglesia de Santa María de Toledo, é el infante don Enrique é don Nuño hicieron con la Reina muy gran llanto²⁹...”

Mientras la conversación camina así teniendo por mojones recuerdos gratos y recuerdos dolidos, han ido acercándose a la ciudad y la ruta se ve cada vez más concurrida. Ante ellos marcha ahora una carreta que ocupa todo el centro y casi todo el ancho del camino. Los jinetes piden paso y el carretero, de mala gana, se hace a un lado. Es un labrador que vestido con tosca saya corta y tocado con puntiagudo capirote, aguijonea, indiferente, sus dos lentos y pesados bueyes³⁰.

El mercader observa al villano y recuerda una canción oída en París. Hablaba el juglar de los campesinos, aproximadamente en estos términos: Decidme, Señor, os lo ruego, ¿por qué razón el villano come carne, huevos o algún buen bocado? Yo os aseguro que, en verdad, nadie lo desearía. Y sin embargo, los come. Pero es contra el gusto de Dios y el mío que se lo ve a veces regalarse con un ganso asado, burlándose de nuestros clérigos. ¿Debería, os lo pregunto, comer pescado? Lo que debiera constituir su alimento, es, el domingo cardos, espinas, y heno; y los días de semana, paja. Su justa suerte es velar y penar. El villano es la perdición de este mundo. En lugar de sentarse a la mesa, esas gentes tendrían que ir a pacer a las landas con el ganado, caminando, desnudos, en cuatro patas. Dios, al crear los villanos, ha creado la raza de los lobos... Pero Dios detesta a los villanos y a las villanas y por eso ha querido que todas las aflicciones pesen sobre ellos. Tal un asno, tal un villano. El villano tendría que vivir en los bosques y ser alejado del mundo. El villano es imbécil y sucio. Aunque tuviera todo el oro del mundo seguiría siendo lo que es: un villano³¹.

¡Qué diferencia con el villano español! observa el clérigo; y el caballero asiente. De un tiempo a esta parte se está produciendo en el país una evolución de la villanía que no deja de ser alarmante: el villano tiene cada vez más derechos. Ello es debido en parte a la influencia de los grandes concejos del sur del Duero; fiados en su fuerza, desafían a veces abiertamente a la nobleza y han llegado a equiparar el valor penal de sus gentes con el de aquéllas de las jerarquías superiores. ¿No está establecido

²⁴ *Id.*, pág. LIII. ²⁵ *Id.* Cuentas reales. ²⁶ *Id.* ²⁷ *Id.*, pág. CV. ²⁸ *Id.*, págs. CLIV y CVIII.

²⁹ *Crónicas de los Reyes de Castilla. Crónica de Sancho IV.*

³⁰ Así aparece en la lámina 36 de las Cantigas.

³¹ Es una versión libre e incompleta —tal como la recordaba el mercader— del “Despit au vilain” (E. FARAL: *La vie quotidienne au temps de Saint Louis*).

acaso en Ledesma que quien mate a uno de sus hombres peche como si se tratara de un infanzón de León³²? Y aquellos privilegios que antes eran exclusivos de las clases nobiliarias, la caloña de 500 sueldos y la exención de impuestos están ya al alcance de la villanía, pues es suficiente poseer caballo de cierto precio y armas y concurrir con ellos a la guerra para tener la posibilidad de transformarse en caballeros ciudadanos y quizás más tarde en hidalgos³³.

Verdad es que, en cambio, un escalón más abajo, los hombres de behetría ven disminuir lentamente sus libertades. No han variado las prestaciones a que están obligados, pero, aunque se distingue entre las behetrías de linaje y las de mar a mar, la disposición según la cual ningún hidalgo puede recibir behetría donde no sea natural, reduce el radio de elección de los hombres de behetría³⁴. En cuanto a la servidumbre, no le extrañaría al caballero verla desaparecer uno u otro día; ya no quedan más esclavos que los moros y los condenados a ella como castigo por algún delito³⁵. El clérigo está de acuerdo; pero no le parece injusta la nueva situación: si los hombres libres de los concejos tienen cada día más privilegios, no se debe olvidar el papel decisivo que desempeñaron en los momentos más difíciles de la guerra contra el infiel; y si esos privilegios han aumentado más aún en los últimos años, con el poder de las hermandades, formadas con ocasión de las discordias intestinas que tanto perjudicaron al reino, también es verdad que lo merecieron con su actitud de apoyo al trono.

Con las últimas palabras del clérigo, al doblar un recodo del camino, aparecen ante los tres viajeros el Castillo y las primeras casas del barrio de Triana. Apresuran el paso, cruzan el puente, y entran al fin en la ciudad³⁶. Allí el toledano, viendo tan próximo el barrio de San Vicente — poblado por caballeros y menestrales — que ha de ser el suyo, llama a uno de sus criados, hasta entonces a prudente distancia, y le ordena que lleve su equipaje a la casa de su hermano donde piensa alojarse y que le anuncie su llegada. Él, por su parte, acompañará al señor preste hasta el final de su viaje. Continúan la marcha. Atravesada la Plaza de San Francisco, el mercader despacha a su vez a su gente, indicándoles que guíen la recua a casa de su compatriota, Micer Nicolás, en la calle de Génova, adonde él les seguirá muy pronto, pues también desea acompañar al clérigo hasta su alojamiento. Ya sin sus acompañantes, salen los tres por la puerta Dalcár a la calle trasera de la Catedral. Se detienen unos segundos a contemplarla y el clérigo envidia en voz alta a quienes tuvieron la fortuna de estar presentes el día en que se celebró en la Mezquita mayor la primera misa, cuando el Santo rey Fernando depositó allí la imagen de la Virgen de la Sede y don Domingo Poro, caballero de la hueste, izó en lo alto de la torre la enseña Real de la Cruz³⁷.

³² *Fuero de Ledesma*, 384.

³³ Continúa inédita la tesis de la señora C. Pescador sobre la caballería villana. Véase SÁNCHEZ-ALBORNOZ *El Stipendium y los orígenes del beneficio prefeudal*, pág. 135 y *La vida en León hace mil años*, pág. 34.

³⁴ CLAUDIO SÁNCHEZ-ALBORNOZ: *Algunas páginas sobre behetrías y Muchas páginas más sobre behetrías*, *Anuario de Historia del Derecho Español*, Tomos I y IV.

³⁵ M. C. CARLÉ: *La servidumbre en las Partidas*, C. H. E. XII.

³⁶ Para la topografía de Sevilla medieval, véanse: ORTIZ DE ZÚÑIGA. *Anales de Sevilla*, T. I, págs. 30 y siguientes y J. GONZÁLEZ, *Repartimiento de Sevilla*, T. I, págs. 377 y siguientes.

³⁷ O. DE ZÚÑIGA, *op. cit.*, T. I, pág. 49.

Unos pasos más y se encuentran en la Plaza de Santa María, la más concurrida de la ciudad.

Gentes de todas las categorías se codean allí. Un grupo de aldeanos comenta el estado de los campos y recuerda la sequía del año anterior que les llevara a hacer rogativas especiales a la Virgen. Uno de ellos, vestido con una saya corta y tocada la cabeza con un sombrero de paja, explica a los demás que acaba de tomar a su cargo la viña de Don Álvaro. La ha arrendado a su vecino, por cinco años, comprometiéndose a labrarla y cuidarla de manera tal que las vides no se sequen ni se enfermen por su culpa y a pagarle, a él o a sus herederos, para la fiesta de San Miguel, cien maravedís y un par de capones³⁸. Cuando termina de hablar y tras los comentarios del caso, toma la palabra otro de los labriegos. También él ha hecho un contrato, por primera vez en su ya larga vida. Hasta ahora el dueño de la heredad se la había confiado sin más que las palabras sacramentales “do tela por anno”³⁹, pero últimamente, la posibilidad de que el arrendatario la conservara en idénticas condiciones durante un año más, si dejaba de reclamarla dentro de los tres días de cumplido el plazo⁴⁰, le ha hecho reflexionar en las ventajas de obligarle por escrito. Y Peribáñez y Domingo Esteban han suscrito un contrato, según el cual, el segundo se obliga a labrar la heredad del primero “a medias”, es decir, poniendo él la simiente, y a entregar en cambio al propietario la mitad del fruto obtenido⁴¹.

Unos estudiantes recién llegados de Salamanca, discuten con voces altas y muchas palabras latinas, algún punto de teología. Un pescador cruza la calle llevando en una canasta el pescado fresco que venderá en la pescadería de la Plaza de la Alfalfa⁴². Tras él rueda un carrito en el que un enfermo se hace conducir a la iglesia en busca del milagro que le cure del fuego de San Marcial⁴³. Dos tahures, cristiano el uno, judío el otro, acucillados en el suelo al reparo de un portal, juegan a los dados; el cristiano está perdiendo y a cada nuevo tiro desafortunado blasfema furiosamente. Un poco más lejos un alfajeme afeitado a su cliente, indiferente al movimiento y a las voces⁴⁴. Dos mujeres se abren camino con paso rápido y la vista baja, por entre las gentes. Una, la más joven, viste saya de viado que apenas se adivina bajo el pellote naranja y el manto de verdetur. Su apariencia, su atavío, los adornos de armiño, el largo fiador cabeado y, como los zapatos, dorado, hablan de una jerarquía social elevada y de una cómoda posición económica. Su acompañante, mucho mayor, viste ropas oscuras. Es sin duda su aya. Una y otra llevan el pelo sostenido por una cinta que, pasada por la barbilla, se sujeta en lo alto de la cabeza; con una toca, pequeña, a modo de diadema y acompañada por un velo se cubre la joven; es altísima en cambio, la de su compañera⁴⁵. Los estudiantes detienen un momento su discusión para mirarlas pasar. No han tenido tiempo de reanudarla cuando ven llegar a un caballero que marcha a lo que parece tras de ellas. Las seguirá probablemente a

³⁸ P. III, XVIII, XXIV.

³⁹ GALO SÁNCHEZ: *Libro de los fueros de Castilla*. Título de la tierra que da uno a otro para labrar.

⁴⁰ P. V, VIII, XX. ⁴¹ P. III, XVIII, LXXIX.

⁴² ANTONIO BALLESTEROS, *Sevilla en el siglo XIII*, Ap., pág. 29.

⁴³ Lámina 103 de las Cantigas. ⁴⁴ P. VII, XV, XXVII.

⁴⁵ *Cortes de Jerez de 1268*, pet. 9; GUERRERO LOVILLO, *op. cit.* En las láminas de las Cantigas suele diferenciarse la pequeña toca de la mujer soltera de la muy alta que llevan con frecuencia las casadas.

la iglesia donde el respeto al lugar sagrado no será óbice para continuar el cortejo iniciado⁴⁶. Los estudiantes comentan risueñamente el caso. Se han instalado a la vera de las tiendas de los judíos cambiadores; sus dueños, para abrirlas a tiempo, han salido temprano de la judería, próxima al Alcázar y separada de la ciudad por una muralla. Tan populosa es que cuenta con tres sinagogas dentro de sus muros y hay hornos, tabernas y bodegas en la calle de Rodrigo Alfonso, baños cerca de la de Pedregosa, tiendas de especieros en la Azueica. Más allá, funcionan la Lonja y el Juzgado⁴⁷. Las callejas sucias y tortuosas son tan angostas que por algunas sólo pasa una persona, rozando casi los amarillos muros. En una de ellas vivió don Zag Maleh en los tiempos en que era almojarife mayor del rey. Al pasar frente a la casa ornada con algunos ajimeces de herradura los judíos recuerdan su fin trágico, su suplicio en la plaza de San Francisco, frente al convento donde los infantes contenían a duras penas la cólera de D. Sancho, que amenazaba con rescatar por la fuerza al supliciado. Todavía les angustia el cruel espectáculo de su cuerpo metido en un serón y arrastrado hasta el Arenal⁴⁸. Absortos de estas ingratas evocaciones llegan los cambiadores a la Plaza de Santa María; abren sus tiendas y se reclinan en los cojines del estrado. Visten amplias túnicas que cubren mantos de color, calzan zapatos puntiagudos, tocan sus cabezas con casquetes cónicos y sus largas barbas se destacan entre las caras rasuradas de los cristianos, sus vecinos⁴¹.

Los tres viajeros cruzan por entre los diversos grupos, sujetando sus bestias inquietas por el movimiento y el ruido; en él se destacan las voces de los vendedores que en las tiendas ofrecen o discuten su mercadería. Al final de la Plaza encuentran la calle que penetra en el barrio de Castellanos. Allá se despide el clérigo de sus compañeros; la vecindad le agrada: se encuentran allí la morada del Arzobispo, la del prelado de Jaén, la de don Alfonso García, Deán de Palencia, lindera con la que fuera de Don Polo, capellán de la Reina doña Violante; y para mayor comodidad del clérigo, a poco trecho funciona la casa de baños de Diego Corral⁵⁰.

Se separan pues los compañeros de viaje. El caballero retrocede por el camino andado, hacia el barrio de San Vicente; el mercader, en cambio, bordea la Catedral hasta el barrio de Génova, perteneciente como el de Francos a la Parroquia de la Santa Iglesia. Como el de Francos, goza de especiales privilegios: concedieron los reyes a sus pobladores que tuvieran, a más del barrio, alfóndega, horno y baño propios, iglesia y potestad para presentar su capellán al Arzobispo. Se les facultó para nombrar cónsules a dos de entre ellos, con autoridad para juzgar los pleitos —que no fueran de índole criminal— entre los genoveses y entre éstos y los sevillanos, aunque en este caso se aceptaba la apelación a los jueces de la ciudad, ventajas en cuanto a los pagos debidos por la venta y entrada de mercaderías, se les eximió de responsabilidad por los perjuicios que los corsarios de su tierra causaran a los españoles⁵¹. . . La benevolencia regia, su habilidad mercantil y el gran comercio con Génova

⁴⁶ P. VII, IX, V.

⁴⁷ BALLESTEROS: *Sevilla en el siglo XIII*, pág. 221.

⁴⁸ ORTIZ DE ZÚÑIGA, *op. cit.* T. I, págs. 318-319.

⁴⁹ BALLESTEROS, *op. cit.*, pág. 223.

⁵⁰ *Id.*, ap. pág. CLXXVI, doc. 167.

⁵¹ RAMÓN CARANDE: *Sevilla, fortaleza y mercado*, A. H. D. E., T. IV.

les hicieron ricos; sus actividades de prestamistas les granjearon la ojeriza de los sevillanos, puesta de manifiesto por esos años en el asalto de su barrio⁵².

Ante uno de sus edificios desmonta ahora el mercader; saluda al dueño de la casa, que ya le esperaba y ha salido a recibirlo, y —tras confiar su caballo a los cuidados de un criado— entra con él en la tienda. Ésta, muy sencilla, tiene por todo mobiliario, una gran mesa de color amarillo, cubierta por un tapete de tonos vivos, arquetas y balanzas⁵³; le roban luz algunas piezas de tela desplegadas ante las abiertas ventanas⁵⁴. Una puerta lleva a la antecámara y otra a la cocina. De ella parte la escalera que baja a la bodega y sube al piso alto⁵⁵, que consta de dos habitaciones. Hasta una de ellas conduce Micer Nicolás a su huésped invitándole a reunirse con él tan pronto se lave y sacuda el polvo del viaje.

A poco desciende el mercader, revisa su mercadería ya descargada y almacenada en la bodega, y propone en seguida a su compatriota llegar hasta el puerto para buscar alguna nave en que transportar los cueros que ha comprado en Córdoba. Salen, y por la calle de la Vitoria, llegan muy pronto a un postigo abierto en la muralla: el Postigo del Aceite. Del otro lado, en el arenal, se levanta la gran fábrica de las Atarazanas con sus 16 amplias naves cubiertas por robustas bóvedas sostenidas por fortísimos pilastrones de ladrillos. Sobre una de sus torres se ve una lápida en la que leen los mercaderes: “Res tibi sit nota, domus haec et fabrica tota qvam non ignarvs Alfonsvs sangvine clarvs, rex hispaniarvm fecit, fuit iste svorvm, actvs in avstrinas, vices servare carinas, arte micans plena fvit hic informis arena, era millena, vicentena nonagena”⁵⁶.

Después de haber comentado la obra de don Alfonso doblan los mercaderes hacia la derecha para llegar hasta la llamada Puerta del Engeño, próximos a la cual se encuentran los muelles de descarga⁵⁷. El Guadalquivir está poblado de barcos de todo tipo: barcas de pescadores, naves sevillanas y barcos del Cantábrico, galeas genovesas o pisanas, algunas bretonas o flamencas, otras llegadas de Oriente... Nunca falta al puerto movimiento, pero éste aumenta en tiempos de fèria.

Se oyen las voces de las pescaderas que regatean a gritos el precio del pescado y las entrecortadas de los hombres que cargan o descargan mercaderías, las órdenes que da un maestro a quienes le calafatean su barco y los encargos que hace otro que está almacenando en la bodega provisiones para el viaje; más lejos, un comerciante flamenco discute con el dueño de una nave castellana el monto y las condiciones del flete. En ese ambiente no es difícil al genovés encontrar lo que busca; el trato se cierra rápidamente y los dos mercaderes emprenden el regreso.

Ya en la casa del barrio de Génova, mientras la comida se cuece en un perol, bajo la vigilancia de la dueña de casa, que hila junto al fuego, sentados, uno en un escaño y otro en un arcón, conversan de asuntos de su común interés.

El viajero ha cruzado muy rápidamente por España, pues su deseo

⁵² J. GONZÁLEZ: *Repartimiento de Sevilla*, T. I., págs. 340-341.

⁵³ BALLESTEROS: *op. cit.*, pág. 45.

⁵⁴ Nueva Recopilación.

⁵⁵ M. P. LAGUZZI: *Ávila a comienzos del siglo XIV*, C. H. E. XII.

⁵⁶ Leyenda y descripción de O. de Zúñiga, *op. cit.* T. I., págs. 156-157.

⁵⁷ *Id.* pág. 30. ⁵⁸ M. C. CARLÉ: *El precio de la vida...*

era llegar cuanto antes a Sevilla, pero aún así, le ha parecido notar un aumento en los precios, bastante sensible, desde la última vez que estuvo en el país. Su amigo asiente: sí, los precios han subido nuevamente. ¡Qué lejos aquellos tiempos en que las Cortes de Jerez fijaban el de la escarlata en 5 maravedís! Ahora puede venderse a 60,70 y aún más. Y en la misma o parecida proporción han aumentado los de los otros paños. Las ganancias son, naturalmente, mayores. Pero no se debe olvidar que el fenómeno es general y afecta a todos los artículos así de lujo como de primera necesidad. La vida en Sevilla es más cara que nunca. Ya ha podido ver en las tiendas de provisiones, que el tocino, por ejemplo, ha subido de 1 maravedí a 10; el pescado de 2 a 18. También ha aumentado la propiedad raíz. Recuerda a un amigo suyo que vendió en Toledo un mesón por 2.600 mizcales a los tres años de haberlo comprado por 1.400. Se ha elevado asimismo el precio de los esclavos, el del ganado en general y en especial el de los caballos. En 200 maravedís lo habían fijado las cortes de 1268; ahora se venden a 2.000, 2.500 y aun, excepcionalmente, 3.000. No es de extrañar, pues, que las telas hayan seguido ese ritmo ascensional. Pero, sin embargo, no faltan compradores. El amor al lujo que trató inútilmente de refrenar D. Alfonso es cada día mayor y se extiende a todas las esferas⁵⁸. Por fin el dueño de casa aborda un asunto que ha estado meditando todo el día: propone a su amigo formar una sociedad comercial para la importación de telas. La propuesta es interesante y el diálogo se prolonga. Terminan de ultimar las condiciones cuando llega una criada a poner la mesa. Coloca en el centro de la habitación los candeleros sobre los que pone después unas tablas que cubre con un mantel⁵⁹.

A la misma hora están poniendo la mesa ante los ojos del caballero. Ponen sobre ella los cubiertos de plata, las jarras, las copas y al minuto traen la comida que no inician los comensales sin antes lavarse las manos en un aguamanil, de plata como los cubiertos⁶⁰.

Entre plato y plato, los hermanos conversan. El mayor que falta de Toledo hace años, pregunta por su ciudad natal y el recién llegado responde gustoso, mezclando hechos y gentes al azar del recuerdo: la catedral se anuncia magnífica. Cuando su hermano la vio por última vez sólo estaban construídas las quince capillas laterales de la girola; poco después se oficiaba en la del Espíritu Santo y ahora ya están casi finalizadas la cabecera, los muros del perímetro y algunas de las bóvedas laterales más próximas al crucero⁶¹. La ciudad toda ha progresado, la calle de Francos tiene más movimiento que nunca y es enorme el número de tiendas y comercios que se ven en ella; se han construído nuevos edificios y la vecindad ha cambiado. Quien ha comprado hace poco unas casas en la colación de S. Nicolás y en la de Sta. Trinidad, es el Arzobispo Gonzalo Pétrez; pagó por ellas 800 maravedís⁶². También ha adquirido algunas propiedades, aunque éstas rurales, el vicario don García Esteban, hermano de su viejo amigo, ya fallecido, García Pétrez. En poco tiempo ha hecho suyas trece tierras de labor y un solar de corral en la alquería de Benquerencia y otras cinco y tres corrales en la de Melgar⁶³. Otro per-

⁵⁹ GUERRERO LOVILLO, *op. cit.*, pág. 294.

⁶⁰ GONZÁLEZ PALENCIA: *Los mozárabes de Toledo en los siglos XII y XIII*, doc. 1014, 1036, 1042, 1044, 1175 y BALLESTEROS, *op. cit.*

⁶¹ *Ars. Hispaniae*, T. VII.

⁶² GONZÁLEZ PALENCIA, *op. cit.*, doc. 712 y 716.

⁶³ *Id.* doc. 695, 696, 697, 699, 700, 705 y 706.

sonaje bien conocido de ambos, y de los toledanos todos, el judío Abulhasán Samuel ben Abiyusuf ben Sosan acaba de vender las viñas que fueran de aquel su vecino, D. Laurent, y las de su viuda, doña Marina, para cobrarse las deudas que con él había contraído el difunto⁶⁴.

Esto les lleva a comentar la usura judía que pasa ya de lo tolerable: los límites puestos al interés por Alfonso X han sido superados hace mucho. Se cobra a veces hasta un ochavo semanal; y los prestamistas son, en su mayoría, hebreos. Las multas son crecidas y ha llegado a darse el caso de que una dama, acosada por su acreedor, se despojase en medio de la calle de su manto escarlata para dejárselo en prenda⁶⁵.

Es excepcional el caso de Abulhasán Sálh ben Alcalí —y como excepcional lo comenta el narrador—: el alguacil y alcalde de Toledo don Juan García le prestó 3.000 mizcales para que comerciara con telas, paños y otras cosas, durante un año, a condición de que le diera dos tercios de sus ganancias, más el capital. Cumplido el plazo, no cumplió el judío, y el alcalde Domingo Juanes mandó al pregonero de Toledo que pregonase durante treinta días los bienes que poseía el deudor en el arrabal de los Judíos; y que se vendieran luego al mejor postor.

Así pues, por 1.600 mizcales, compró García Meléndez la casa, *mesaria*, y tiendas de Abulhasán, que no alcanzaron sin embargo a cubrir el total de su deuda⁶⁶.

Mientras en casa del caballero adelantan a la par la comida y la charla, unos metros más allá, en casa por cierto más humilde, come una familia de pescadores. Aquí no se ven escudillas de metal, sino de barro, cucharas de plata, sino de estaño; en vez de velas de cera refinada, velas de sebo; en vez de dos platos de carne, pescado; algunas legumbres o tal vez una fruta de la estación completan la comida.

También el clérigo está comiendo en el mesón. Ha encontrado comensales a su gusto y la reunión es animada. Unos alemanes, que llegan a Sevilla luego de cumplir una peregrinación a Compostela, relatan anécdotas e impresiones del viaje.

Hablan de la forma en que tratan de explotar a los peregrinos a lo largo de la ruta los inescrupulosos mesoneros y de lo muy alerta que es necesario vivir⁶⁷. Cuentan lo que aconteció a don Pedro, el hijo de don Johan, el alcalde. Intentó robarles, pero fue descubierto y tomado preso. Reconocido al día siguiente, fue juzgado y condenado a la horca. Le ahorcó su propio padre, Johan Grande, y sus parientes trabaron de la cuerda hasta que murió⁶⁸. Se asombra el clérigo del caso, pero afirma que no hace sino confirmar la conocida lealtad de los castellanos, que lo sacrifican todo menos su deber. Y cuenta a su vez de Alonso Guzmán, que entregó su cuchillo para que mataran a su hijo antes que entregara el castillo que el rey le había confiado⁶⁹. La conversación se prolonga aún durante un rato. Sale a relucir la figura señera de Garci Pérez de Vargas que tras haber pasado sin daño y sin otra compañía que la de su escudero por entre un amenazador grupo de musulmanes, deshizo el camino andado para recoger la cofia que había olvidado⁶⁹. Y la de Garci Gómez

⁶⁴ *Id.* doc. 720. ⁶⁵ *Id.* doc. 1001.

⁶⁶ E. DE HINOJOSA. *Documentos para el estudio de las instituciones en León y Castilla*, doc. 143; *Fuero Real*, IV, XXIV: De los romeros. G. SÁNCHEZ: *Libro de los fueros de Castiella*, 20) Título de los hurtos de los romeros en casa de los albergadores y 55) Título del romero que pierde algo en casa del aluergador do posa.

⁶⁷ G. SÁNCHEZ, *op. cit.*, pág. 148. ⁶⁸ *Crónica de Sancho IV*, cap. XI. ⁶⁹ *Crónica general*, 1084.

Carrillo, defendiendo heroicamente el castillo de Jerez y dejándose desgarrar por los garfios de sus enemigos antes que rendirse⁷⁰. Poco a poco la charla languidece, el fuego se apaga y los contertulios deciden acostarse. En lechos de madera torneada, con elásticos formados por cuerdas, en simples lechos de tablas, o sobre esteras, todos duermen en Sevilla. La ciudad permanece silenciosa y tranquila, sin otro ruido que el susurro del Guadalquivir.

Al día siguiente, muy de mañana, se encaminan los dos mercaderes al Palacio de Génova, frente a la Plaza de San Francisco⁷¹; allí en presencia de los cónsules de la nación, firman una carta redactada en los siguientes términos: "Sepan quantos esta carta vieren como Micer Nicolas y Pedro Caxiso, mercaderes, fizieron entre si compañía por diez años, para comprar paños de color de consuno e venderlos en Sevilla; en la qual compañía metio cada vno dellos 5.000 maravedis Alfonsis"⁷².

Cumplido el trámite a satisfacción de ambos se dirigen a la feria. En cada zona de la misma se ven mercaderías diferentes: aquí se venden espadas, astiles de lanzas, lorigas, yelmos; más allá, sillas de montar, vainas de cuchillo y de espada y artículos de cuero en general; un poco más lejos, zapatos, abarcas, huesas, estivales, galochas; los ollereros han instalado sus puestos en un rincón y ofrecen allí ollas, sartenes y peroles de tipos muy diversos. En otro lugar se vende el ganado en pie; el ruido aturde: vacas, terneros y bueyes, ovejas y cabras, cerdos, caballos, mulas, asnos, llenan el ambiente con sus gritos. Los compradores circulan con dificultad entre los cansados e inquietos animales. Los dos genoveses se encaminan al sitio destinado a las telas. No falta allí movimiento. La importancia de la feria y la dispensa de portazgo que los monarcas han concedido a los mercaderes que acudan a ella por mar o por tierra⁷³ atraen a muchos de ellos. Allí se ven las escarlatas de Incola, de Gante o de Ipres, el ensay, la tiritaña viada, la bruneta prieta o naranja, el camelin de Blaos, la blanqueta de Camuna, la valancina y el inglés, al lado de los paños de la tierra, más humildes y de menor precio: blanqueta de Ávila, segoviano cárdeno viado de Zamora o de Segovia, etc. En las cercanías se venden piezas sueltas de ropa de casa o de vestir: manteles, cobertores, almohadas, colchas... Dos colchas de seda no se compran por menos de 150 maravedís⁷⁴. Otra de color rojizo vale arriba de cien⁷⁵ y más de 20 una de algodón⁷⁶. Por un par de manteles tableados se paga algo más de 15⁷⁷. Una toca con oro, alrededor de 30⁷⁸.

Entre una y otra tienda discurren los compradores, mirando una tela, discutiendo el precio de un pellote —400 maravedís es realmente demasiado⁷⁹— palmeando las ancas de una vaca, examinando la dentadura de un caballo, cuando un súbito alboroto despierta la atención de compradores, vendedores y curiosos y los atrae hacia el sitio donde dos hombres se insultan a grandes voces. Pronto se forma una ronda en torno a ellos. Absortos los miran y festejan cada respuesta; esperando

⁷⁰ *Crónica de Alfonso X*, cap. X. ⁷¹ J. GONZÁLEZ, *op. cit.* T. I. ⁷² P.III, XVIII, LXXVIII. He alterado algunos detalles.

⁷³ *Memorial Histórico Español*. T. I, Privilegio del Rey D. Alfonso X eximiendo a los que fueran a las ferias de Sevilla de portazgo y otros derechos.

⁷⁴ Por la diferencia de lugar y fecha aumento el precio que registra G. PALENCIA, *op. cit.*, doc. 1175.

⁷⁵ G. PALENCIA, *op. cit.*, doc. 1175. ⁷⁶ *Id.* ⁷⁷ *Id.* ⁷⁸ *Id.*

⁷⁹ M. G. DE BALLESTEROS: *Tarifa y la política de Sancho IV*. *Boletín de la Academia de la Historia*. LXXVII, pág. 203.

el momento de ver brillar los cuchillos, no advierten que, aprovechando su descuido un cómplice de los supuestos adversarios está desvalijando las tiendas y llevándose las mercaderías más fáciles de trasladar. Alguien les ve y da la voz de alarma. El corro se deshace; cada mercader acude a su puesto, revisa, se lamenta, protesta. Los ladrones, en tanto, viéndose descubiertos huyen al amparo de la confusión. Los dos genoveses comentan el suceso. No es nueva, en realidad, la treta de la riña, pero aún da resultado como aquella otra, no por conocida menos eficaz, de soltar una serpiente en el centro de la plaza para provocar la fuga de las gentes y apropiarse de los artículos abandonados por los fugitivos⁸⁰.

Mientras así conversan una lucida procesión cruza las calles de la colación de San Vicente. Es una novia que se dirige a la iglesia con sus parientes e invitados. Los menestrales del barrio se asoman a las puertas para ver pasar el cortejo y explican las circunstancias a los curiosos que no las conocen. La familia de la novia está establecida en la ciudad desde hace poco tiempo y el novio vino a Sevilla exclusivamente para casarse. Se desposaron cuando ella cumplió los siete años⁸¹. La dote ha sido espléndida; colchones, almohadas, cobertores, manteles, vestidos de seda, tocas con oro, colchas de seda y colchas de algodón, esteras para los criados, arracadas... Más modesta por cierto es la que ha de dar cualquiera de ellos, villanos, al casarse: 10 ó 20 maravedís a la doncella y 5 ó 10 a la viuda, según habite la aldea o la villa⁸².

El cortejo se aleja y se aleja el ruido de los cascotes de los caballos en que montan la novia, la madrina, y —contra las prohibiciones de las leyes—⁸³ las otras damas que las acompañan. En la casa la mesa tendida aguarda a los invitados: las familias de los novios, los padrinos y los amigos festejarán durante horas y aun durante días el acontecimiento⁸⁴. A los placeres de la mesa se añadirán los juegos, el recitado de algún juglar y una corrida de toros. Bastará para formar la plaza cerrar las bocacalles con tableros y los balcones de las casas vecinas permitirán contemplar el espectáculo sin riesgos⁸⁵. La Iglesia participará de la alegría familiar gracias a una generosa limosna del novio.

El cortejo ya ha pasado y todavía siguen los curiosos comentando y esperando el regreso. Pero reclama su atención otro cortejo de índole muy diversa. Los judíos que se hallan en el grupo se alejan, los cristianos se descubren y se arrodillan al paso del Viático.

Desde hace días se encuentra enfermo un vecino; los médicos debidamente autorizados han ensayado todos sus recursos sin resultado; ni los brebajes a base de hierbas ni las sangrías han mejorado al paciente; éste, viendo disminuir y agotarse sus fuerzas y conociendo la proximidad de la muerte ha tomado sus últimas disposiciones. Ante todo, las referentes a su entierro. Es hombre de calidad y fortuna y desea mantener, aun en esos momentos, su rango. Por quince días han de dar marga a sus hijos, escuderos y criados; su cuerpo se enterrará en la iglesia en un sepulcro alto con el escudo de sus armas. Acompañarán al cortejo fúnebre sus caballos cubiertos de luto con las colas atadas y con los escudos colgados de las sillas según costumbre de los caballeros portugueses. Cien antorchas arderán en la misa y en todas sus novenas; el día del entierro se dará

⁸⁰ P. VII, XVI, X. ⁸¹ P. IV, I, VI.

⁸² G. PALENCIA, *op. cit.* doc. 1175. ⁸³ F. DE ALBA, 44; *F. de Salamanca* 339.

⁸⁴ *Cortes de Jerez* de 1268 y *Fuero de Soria* XXX, Capítulo de los casamientos, 292.

⁸⁵ *Poema del Cid*, 928 y *F. de Alba, Fuero de uoda* 44.

de comer no sólo a sus vasallos sino a todos los vecinos de la ciudad y a cuantos lo deseen. Finalmente en su memoria cincuenta pobres serán vestidos y alimentados hasta el fin de las novenas.

Establecidas así las honras fúnebres, los últimos cuidados del cuerpo, el enfermo ha pensado en su alma. En vísperas de morir, actos que parecieron en su momento justificables, revisten una nueva apariencia. Es llegado el momento de reparar y compensar. Y el testador manda pagar sus deudas, los animales que obtuvo cuando corrió la tierra, las casas incendiadas... Firmado el testamento, ha confesado con el rector de la parroquia y ha recibido los últimos sacramentos; luego pide perdón a cuantos le rodean quienes le responden llorando que ruegan a Dios que le perdone, que de ellos perdonado va, toma con las dos manos la candela que todo cristiano ha de sostener a la hora de la muerte y levantándola suplica: "Señor, recibe mi alma en compañía de las de tus siervos"; la adora después como símbolo del Espíritu Santo y "muy simplemente y muy paso" mientras los clérigos rezan las letanías cierra los ojos y entrega el espíritu a Dios. En torno al lecho se levantan los llantos de familiares y criados; las mujeres se desgarran el rostro, se mesan los cabellos y dan voces de dolor⁸⁷.

Los tres toques de la campana más próxima advierten a la ciudad que ha muerto un hombre.

⁸⁶ BENAVIDES, *op. cit.* doc. CCVII, Testamento de D. Alfonso Martínez de Olivera.

⁸⁷ *Crónica General* 1133.